

ITINERARIO

NO es preciso decir, sólo ahora he comprado esta efectividad de viaje, ahora realizándolo desde un vagón de ferrocarril. Antes, es cierto, iba a tocarla por encima del sueño o era la permanencia de mi memoria buscándola. Descentraba círculos paralelos, mas la ubicuidad de su presencia se recogía dentro del anhelo martirizado. Era una, repitiéndose, como la polea en su oficio de movimiento, pero sin prolongarlo o esparcirlo más allá de su rueda. Luego, esta necesidad de constancia, de unidad sostenida, seguridad de vencimiento o capacidad de dominio, conjunto de energías volitivas construyendo el empuje hacia el contorno indispensable. Pues yo preciso de su forma y su volumen objetivo, de su realidad real, no de esta realidad mía tan hermosa y tangible, tan real como la suya orgánica, pero cuya arquitectura es sólo sensorial.

Porque existen dos realidades profundas: la realidad del objeto y la aprehensión que de éste hace el sujeto. Siempre esta última es más viva y llameante, más real, porque responde a la elaboración subjetiva del ser, después del estricto dominio del objeto, de su captación absoluta; sin embargo aprovechando solamente su estructura. De aquí tal vez, esta sea la auténtica realidad, la realidad real, pues desplaza para su construcción lo superfluo, la perspectiva, la atmósfera, que a menudo transforman el objeto dándole una presencia extranjera muy distinta de su sentido extático.

También puedo agregar que existe otra realidad más, la imaginativa. La realidad de los soñadores o los débiles. La realidad falseadora del objeto, utilizándolo sólo en su calidad de trampolín. Sirve para arrancar de él, como materia básica, como superficie de humo y darle consistencia, respuesta, ocupación, vehículo a las incontenibles fugas imaginativas que siempre están acechando el asalto del motivo para partir.

También amo esta realidad tan viva y llameante como las otras y que a menudo me sirve para hacer suave el recuerdo de Lorenza. Por eso afirmo que a veces es agradable divagar a costa de un recuerdo, una ocupación que desplaza la cesantía del hastío, la echa afuera del calefaccionado recinto del vagón, sugere ahora como el mapa mundi de los años estudiantiles, cuando soñábamos ser vagabundos apasionados o santos anarquistas.

El tren va bordando provincias viajeras, llenando el vagón de aspiraciones introversivas. El sentimiento ahonda su cali-

dad de nómada y no hay objeto donde no deje sus hojas inconclusas. Como una seda de metal defiende a veces su esencia, afuera la suavidad es la misma. Dualismo intermitente que posee el sentimiento para hacer más proficua e intensa su aguja de emoción. Podría decir también que a menudo pinta una corteza de falacia exterior para que sólo infieran su sentido los poseedores de un instinto coherenté. Hablo del sentimiento que desemboca hacia lo extrínseco, no del que nace, se nutre y muere en sí mismo. Este es la consumación desperada de lo que no termina su destino, de lo que huye antes que el impulso cree la satisfacción de la fuga.

Afuera el paisaje continúa tan idéntico, tan sucesivo como si no avanzara con la carrera del tren que en este instante hace crujir a un puente su nervadura de hierro y le teje un rumor de leguas recorridas. Entretanto, desde aquí, me la imagino, me la imagino con su pensamiento anudado en la persecución de algún obstáculo. Ama enredarlo en lo difícil y quisiera ser como un pájaro que pudiera desandar el camino de su vuelo. Pero es duro y su antena de piedra no capta todas las ondas. Se extiende una lenta fatiga, la cubre como una sombra ajena. Me la imagino entonces para poseerla verdadera. Su realidad es más pequeña de lo que de ella emerge y de como yo la invento. Satisfecho, vivo de desfigurarla, pues la amo distinta a lo que es. ¿La amo? Es decir, la necesito; la necesito como las anteras el polen, como las huellas los caminos, como el tren las estaciones...

* * *

Ahora, compañeros, la realidad errante y querida del sueño.

Pero aun no tengo el lenguaje del sueño. Aun no soy amigo de esos seres confusos y definitivos que nos llaman dominándonos ni sé comprender esas miradas empañadas y profundas que nos estremecen, esas sombrías vaguedades que nos hablan por signos diciéndonos sus suavidades moribundas. Aquel que penetre la compacta noche, pesando sobre el oído alerta del espíritu, huyendo en su sueño como un foragido de su crimen, como un santo de su heroísmo, el que pueda mantener la correlatividad de su noche y su día, de sus noches y sus días, en una perfecta y fatal sucesión introspectiva, en una clarividente e irremediable permanencia de zozobra y de peligro. Aquel que conozca los abismos del sueño, sus aguas secas que nos ahogan sollozando como una inmensa materia metafísica; el que sepa de las persecuciones de esos pesados fantasmas del sueño, de alientos de láminas ardientes, tenaces como perforadoras. Y

sólo quien sea amigo y enemigo, sólo quien pueda fraternizar y luchar, sólo quien pueda vencer y ser vencido, por los seres del sueño, sólo quien conozca su miedo y su alegría, podrá formular su ardiente lenguaje.

* * *

Pero al frente saltan de pronto a un rostro dos ojos azules. Huyen los párpados como sueño impedido. Saltan dos ojos o emergen de un corazón amasado de adioses, de un corazón propietario de largas despedidas, propietario de un sueño controlado por una sólida vigilia permanente. Emergen los ojos a su superficie como una sonda terminada, como un buzo cargado con el fondo del mar. Mueven su espacio dilatándose y habitando todo el vagón, apoderándose de su clima rectangular. Son dos ojos asexuados, evadidos de sus habitaciones orbitales. Me entretengo con ellos. Me cuesta, no puedo descubrir a que vitalidad diferenciada responden. Exploro, con mi perfecta unidad de alegría, sus posiciones gemelas, pues me gusta de vez en cuando ser un vagabundo organizado. Me gustan los territorios de una entrada diminuta, de una superficie concentrada, pero de profunda extensión, los territorios-pozos. Por eso amo las simas de altas profundidades, los ojos de algunos seres, el vuelo extático de ciertos pájaros, el corazón de algunos hombres que han sufrido.

El tren nada, sigue nadando sobre sus dos finos arroyos brillantes. La locomotora, con la potencia de sus discos tiene que ir desuniéndolos para sostener su finalidad ferroviaria, pues nosotros amigos, sabéis que las paralelas se unen en el horizonte. No es una falacia visual, es una realidad, de significado transitorio o intermitente; sí, pero poderosamente tangible al tacto de la pupila, al sondeaje del ojo deteniéndose. ¿Acaso el sentido del tiempo, mejor dicho de la duración, puede hacer más intensa la aprehensión de una realidad?

* * *

A veces pienso que no puede haber posibilidad de entusiasmo cuando la consciencia se detiene. Es un cerco compacto de dominio estrechándose o muralla de cemento que sujeta el asalto. Hay una red pesada de aguas profundas, voltea y pesca la intención de alegría. Como un pez se defiende y se debate para mantenerse en su extensión necesaria. Lengua brillante sosteniendo la búsqueda regresiva o el estuche indispensable. Pues,

cuando la consciencia se detiene gravita sobre sí misma ahondando el sentido (sentimiento) patético de las cosas. De éstas fluye su verdad inmanente e intransferible, nosotros la poseemos sólo por el reflejo, como el agua la sombra. Sabemos entonces que no existe la verdad absoluta de uso colectivo como las monedas o los transatlánticos. No existe la verdad de que hablan los filósofos y los tontos. La verdad es tan individual y apartada que sólo se comprende como una necesidad correlativa del instinto al que guía controlando y este la expulsa al exterior para mantener sus cualidades de dominio.

¿Ah? Sí. Amo contradecirme. Es la voluptuosidad de los solitarios. La soledad contra mí mismo. Me defiendo y me vence. Una mano avanza imperiosa y una consciencia busca el desquite. Pasión de lo difícil, goce del obstáculo. Me gusta amar lo sombrío, lo impreciso, lo que no se define ni se resuelve, lo que se enreda y se complica. Por eso mi espionaje es color de túnel, por eso mi vida ahonda su sima. Amo contradecirme, caricia sanitaria de la consciencia, alivio para el dolor de lo evidente, impulso hacia el sueño. En la contradicción siempre están convergiendo las aspiraciones inaprensibles, lo subterráneo inédito, lo que no alcanza a descubrir ni explorar, pero que, desesperados, lo sentimos existir rebullendo como un ciego la fiesta del color de las flores.—A R T U R O T R O N C O S O.

LUIS XV Y LA POMPADOUR

LUIS XV constituía la flor de la sociedad de su tiempo, no de la burguesía que venía formándose en los bajos fondos y que luego había de montar, y sí de la única sociedad que contaba hasta entonces: de la refinada y brillante. Rey absoluto, era esclavo inconsciente de un mundo atrasado. Y, espiritualmente, fué un anuncio, un precursor, del romanticismo. Cien años más tarde, hubiera podido ser confundido con los personajes de Byron o de Alfredo de Musset.

Estampa perfecta de sus tiempos, Luis XV ha sido injustamente disminuído. No pudo ser sino como fué. Frente a aquella frase de un egoísmo descarado que se le ha atribuído, «después de mí, el diluvio», puede oponerse otra que el rey dijo efectivamente a la toma de Quebec por los ingleses: «Sentí helárseme la sangre». Era melancólico, no indiferente. Niño regalón de una época relajada; heredero de la certidumbre de sus derechos divinos e inamovibles, era decidido en cuánto quería y consecuen-